

San José, Costa Rica

1925

Lunes 7 de Setiembre *Diciembre*

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La estimación extranjera*, por Rafael Alberto Arrieta y Jorge Mañach.—*La demostración de Nosotros a Sanín Cano*.—*Los fantasmas de la Cordillera*, por Raúl Montero Bustamante.—*La parábola de la fortuna*, por Enrique Restrepo.—*El caso Lugones-Herrera y Reissig*, por Horacio Quiroga y José Pereira Rodríguez.—*Dos cartas*, por Guillermo Valencia.—*La Escuela Laica*, por José Carlos Mariátegui.—*Comentarios fugaces*, por El Pasajero.—*Plaza en noche de fiesta*, por José Santos Chocano.—*Vigilia*, por A. Bazán.—*Las enseñanzas de la Historia*, por Eduardo Schwartz.—*Dos poesías*, por Carlos Luis Sáenz.

Pocos serán los escritores actuales de lengua castellana que él no conozca. Lector asiduo de libros, diarios, revistas, memorias, boletines y papeles impresos de toda índole que se relacionen con las letras de nuestro idioma, descubre en ellos la firma nueva, aquilata valores, y no tarda en ponerse en comunicación directa con el autor para alentarle y difundirlo. No hay obrero más tenaz ni diligente de nuestra cultura. Tiene el oído atento a todas las voces, el corazón abierto a todas las simpatías, la mano tendida amistosamente, la inagotable energía al servicio de toda causa noble. Semilla que le lleva el viento fructificará en su huerto. Sembrador generoso, nada retiene para su provecho: todo lo distribuye con inteligencia y buen sentido, desde San José de Costa Rica, ciudad que por su obra es hogar de altas ideas y fraternales sentimientos.

Fundó hace años la colección *Ariel*, compuesta de pequeños folletos en que recogía ensayos, artículos, versos, de la prensa española e hispanoamericana, con excelente gusto y amorosa finalidad. Luego *El Convivio*, libritos muy bien presentados, de elegante sencillez, útiles epítomes consagrados a un autor, donde aparecieron, entre muchos otros, cuadernos tan buscados como éstos: las poesías originales de fray Luis de León (edición dirigida por Federico de Onís), la antología de la versificación rítmica (compilada por Pedro Henríquez Ureña), el discurso de Bolívar en el congreso de Angostura, *La Edad de Oro*, (reproducción íntegra del periódico que dedicó José Martí a los niños), *Con el estabón*, aforismos de Enrique José Varona, etcétera. El ejemplo de aquellas empresas cundió en diversos países americanos, y a él se deben publicaciones como *Cultura*, *Lecturas selectas*, de México, y *Ediciones mínimas* y *Ediciones selectas América*, de Buenos Aires.

La estimación extranjera

—Al abrirse el tomo XI del REPERTORIO AMERICANO, tal vez convenga reproducir dos juicios benévolos acerca de su Editor y de lo que ha podido realizar en este pequeño país. Son los juicios satisfactorios y apreciables, por la calidad y probidad literaria de los dos escritores americanos que los han externado. Son ellos: RAFAEL ALBERTO ARRIETA, de la República Argentina, y JORGE MAÑACH, de Cuba, ambos pertenecientes a la selecta minoría de sus patrias respectivas. Los reproducimos, no por ejercicio de vanidad—de la que no padecemos—sino como estímulo para los más jóvenes de nuestros compatriotas, para aquéllos que en pos de nosotros, más tarde, quieran consagrar su vida a un ideal que exija desinterés y constancia, que a la postre es oriente y es fe.

Pero *Ariel*, *El Convivio*, y otra colección análoga, *Sarmiento*, cumplieron su ciclo, y García Monge necesitaba un nuevo instrumento. Creó entonces el REPERTORIO AMERICANO, nombre que tomó de la revista que publicara don Andrés Bello en Londres. Este «semanario de cultura hispánica», dedicado a propagar ideas de justicia social y trabajos que representen lo mejor del pensamiento español e hispanoamericano, reproduce lo que envían amigos de todas partes y cuenta, asimismo, con valiosa colaboración. Tiene una extensa circulación entre los hombres de letras, que lo reciben gratuitamente. Como única retribución, el director pide en dos líneas manuscritas en el margen o en una tira de papel que le envíen recortes de la prensa del país para transcribirlos.

El escritor

La difusión de la obra ajena, el empeño de vincular a los espíritus y su apostolado iberoamericanista, han absorbido al escritor. Pero Joaquín García Monge es autor de algunos libros de mucho carácter. Hombre de

acción, su arte es conciso, descarnado, sin meandros retóricos ni voluptuosidades estéticas. Ha escrito sobre el pueblo y para el pueblo de su pequeño país narraciones breves, cuadritos, apuntes, retratos de gran vigor, directamente observados, llenos de piedad humana, una piedad viril, casi diríamos adusta, hilo cristalino entre piedras. Sus libros *El Moto* y *La mala sombra*, contienen páginas soleadas por donde circulan tipos populares de la clase humilde costarricense, sorprendidos por una pluma pintoresca y limpia. Léase aquí un ejemplo característico de esa prosa:

Los tres viejos

Esta es una viejecita tullida y ciega. En poder del yerno—enfermo y pobre—y de una nieta. La hija murió hace algunos años, pero ella no lo sabe todavía.

Ahí se pasa en el aposento, hecha un montoncito.

Cada vez que siente a la casera, le pregunta con voz muy delgada:

—¿Ya nos viene a echar de la casa?

Dicen los vecinos que la tiene Dios como un ejemplo.

Este es un viejecito de semblante muy noble, de barba entrecana; bastante jorobado; con el vestido muy roto.

Viene de Tres Ríos, ya está muy cerca de San José. Salió a las cinco de la mañana y ya son las nueve y media.

Pica el sol.

Ahora se ha detenido a descansar un poquito. Arrima las esteras a un paredón y con el forro de una de las mangas de la chaqueta se enjuga el sudor copioso de la frente.

—¿Muy rendido?

—Algo. Ya ni veo claro.

Voz dulce.

Pausa.

—¿Un confite? (De los que llevaba mi hijo.)

—Bueno. Dios se lo pague.

Hace esteras; tres por semana. Las ven-